

La Pérgola

Y al final me puse a hacer la pérgola. Hacía tiempo que la idea me daba vueltas por la cabeza, pero como siempre andábamos cortos de plata, la iba posponiendo. Con la pérgola competían otras necesidades postergadas: poner parquet -como quería Micaela- o alfombra -como proponía yo- en los pisos de los dormitorios, reparar algunas paredes por las que subía la humedad desde el suelo, colocar las canaletas de los techos que daban al patio, reembaldosar el piso del patio, arreglar el local para transformarlo en garage, convertir el garage en extensión de la sala-comedor, abrir un acceso a esta última directamente desde el porch, etc., etc., etc.. Dicen que para sentirse vivo hay que tener proyectos; si es por eso yo estaba salvado porque tenía demasiados. Pero entre todos ellos sentía una debilidad por la pérgola. Sería tal vez porque en cuanto aparecía el solcito tibio de finales del invierno disfrutaba como un lagarto saliendo al césped del fondo a recibirlo en la reposera, escuchando la radio o leyendo un buen libro. O sería porque con los primeros brotes de la primavera me ponía pendiente del crecimiento de todas las plantas y dedicaba horas a arreglar la santa rita para que no se desplomara por su propio peso, o a fijar las hiedras, las enamoradas del muro, y la bignonia que me regaló la esposa de un compañero de trabajo, Cecilia, a las paredes del fondo. O porque al llegar el verano me entretenía día tras día guiando las revitalizadas ramas de la parra sobre un entramado de alambres para que me dieran una buena sombra en la zona de la parrilla. Justamente la santa rita y la parra me reclamaban desde hacía tiempo, pero sobre todo desde el último verano, que les construyera una pérgola donde poder afirmarse y extenderse sin temor a caerse.

Cuando empecé tenía una idea general, pero no detallada, de como la iba a construir. Eché un vistazo a las pérgolas que había en las casas de un par de amigos, y me formé una primera imagen. Otro amigo, herrero, me recomendó unos perfiles de chapa para fijar los tirantes entre sí, a las paredes y al piso. En un aserradero del barrio me sugirieron que usara una madera vistosa, dura, resistente, densa (y en consecuencia pesada) y sobre todo bastante cara: la de birapitá. Fue una etapa divertida porque tenía que improvisar continuamente, como no soy muy buen dibujante no tenía un esquema de toda la obra sino que elaboraba sobre la marcha. Me daba la impresión, agradable, de que la estructura iba emergiendo de la nada. Avanzaba lentamente, al ritmo permitido por los fondos y por el poco tiempo libre de que disponía.

Por esa época, mi vecino Fidel, un jubilado trabajador, comedido y bastante metido, arreglaba el techo de su casa, lo cual le daba la chance de husmear lo

que yo hacía en el fondo. Trataba de eliminar una enorme mancha de humedad de la pared del dormitorio de modo que buscaba posibles vías de filtración del agua. De vez en cuando lo veía echar una mirada de curiosa perplejidad en dirección a mi casa. La estructura de la pérgola recién empezaba a desplegarse, así que era difícil deducir de qué se trataba.

Yo había llevado al patio un par de caballetes y un banco portátil de carpintero que conseguí a precio de oferta en un hipermercado de la zona. Había comprado también arena y cemento portland y preparé un poco de escombro, para hacer las bases de los postes principales. En la ferretería de mi hermano adquirí algunas cajas de tarugos plásticos, y una buena cantidad de tirafondos y bulones con tuerca y arandelas.

Micaela me acompañó a buscar los primeros tirantes de birapitá. Guardarlos en un costado del garage no fue demasiado problema, pero el traslado hasta el patio se complicaba un poco, especialmente cuando había que llevar los más largos, de seis metros. A medida que los colocaba les daba una mano abundante de aceite de lino para protegerlos. Más tarde les daría una protección adicional con un producto especial, a la vez barniz y curador, que nos recomendó un amigo, pintor de brocha gorda de profesión. Iba despacio, a mi ritmo, y entre medida, cortada, pintada o amurado, nos tomábamos unos buenos amargos. Las tareas se iban desarrollando como casi siempre pasa en casa, previéndolo todo anticipadamente, manteniéndolo bajo control. No obstante, de a poco se fue apoderando de mí una cierta ansiedad por ver etapas terminadas. Comencé a levantarme más temprano los días libres. Los sábados amanecía con un cronograma planeado mentalmente: ir al aserradero, comprar más cemento, preparar la base de un pilar, etc. Empecé a irritarme si el domingo me sorprendía la falta de un elemento vital para terminar las tareas previstas y no tenía dónde comprarlo.

Por esa ansiedad, o tal vez por alguna otra razón, empezaron a surgir los contratiempos. Es verdad que estaban dentro de los imponderables posibles, pero resultaban decididamente inoportunos. Un domingo, por apurarme, a causa de un golpe involuntario se me desequilibró un tirante que columpiaba horizontalmente sobre su sostén vertical, a la espera de ser fijado al mismo. Como la ansiedad y el mal humor van de la mano con la mala suerte, el tirante osciló con mayor amplitud de lo permitido y cayó estrepitosamente, en el fondo vecino! El predio corresponde a un negocio de venta y colocación de escapes para autos que naturalmente estaba cerrado por el feriado. Para evitar el bochorno de tener que ir a buscarlo al día siguiente, y también para verificar si había producido daños, salté sobre el tapial a buscar el tirante, arriesgándome a ser detectado por la mirada vigilante de Fidel u otro vecino y confundido con un ladrón. Como no podía ser de otra manera pisé un trozo de chapa que estaba mal asentado y me torcí el pie

izquierdo. Rengueando y murmurando finalmente me las ingenié para devolver el tirante a mi terreno.

Un sábado ya tarde estaba fijando un soporte vertical a la pared del fondo usando perfiles y tirafondos. Me había propuesto esa tarea como la última meta del día. La claridad era ya escasa y tenía que hacer 16 perforaciones en la pared para tarugos de 10 milímetros. Cansado, elegí la altura de los perfiles sin tener en mente otra cosa que conseguir una buena estabilidad, terminar y darme una buena ducha. Al retirar la mecha del taladro, luego de efectuar la decimotercera perforación, ante mis incrédulos ojos se materializó un arco parabólico y transparente que emergía con fuerza de la pared. Había agujereado un viejo caño de agua!! Deduje inmediatamente que debía estar hecho de plomo, que por lo tanto su reparación estaría fuera de mi alcance, y que no habría ninguna casa de sanitarios ni ferretería abiertas adonde recurrir por materiales e instrucciones! Ya imaginaba las consecuencias desagradables que vendrían: el fondo inundado hasta al menos el lunes, la falta de agua en los tanques de la casa por disminución de la presión, etc. Por fortuna, en esa ocasión me salvó un repentino raptó de inspiración. Recordé que en el garage tenía varilla cilíndrica de madera, justo de 10 milímetros de diámetro y una vieja cámara de auto. Corté un taquito de unos 10 centímetros de largo y le lijé un extremo hasta dejarlo redondeado y suave al tacto. También preparé un círculo de goma de unos 10 centímetros de diámetro. Puse el círculo contra la pared, con el centro en el agujero y apoyé allí el extremo pulido del taco, lo inserté en el hueco con un par de martillazos y pude ver con alguna sorpresa y mucha satisfacción que el chorro desaparecía como por arte de magia.

Luego pasaron unos cuantos fines de semana en los que no pude dedicar tiempo a la pérgola. La primera ocasión fue a causa de una lluvia persistente y monótona, que no sólo empapó el fondo con una capa húmeda y triste sino también el humor con que desperté ese sábado. Pero promediando el día me fui relajando, decidí preparar tortas fritas y pasamos una tarde tranquila y agradable disfrutándolas frente al televisor con Micaela, mi hijo Sebastián y mi suegra Gertrudis, acompañados de los infaltables mates. El domingo, siempre bajo la lluvia, nos levantamos tarde y dedicamos la mañana a la lectura de los diarios. A la tarde fuimos a visitar a mi hermano. Empecé a apreciar la oportunidad de poner algo de distancia con la actividad de la pérgola, que venía absorbiendo casi todo mi tiempo libre.

El siguiente fin de semana esperábamos la visita de unos parientes de Buenos Aires. Se trataba de Virginia, la hija de una prima que vivía en el interior de la provincia, su esposo Gerardo y Constanza, la hijita recién nacida. Virginia nos había visitado con frecuencia cuando venía a La Plata por el tratamiento de una dolencia alérgica de la que, afortunadamente, se

había recuperado completamente. El sábado a la mañana me fui en el auto a comprar carne de ternera, vacío y unas tiras de costillar a una carnicería cara pero buena. También le compré un par de bolsas de carbón al verdulero de enfrente y limpié la parrilla. Las visitas llegaron al mediodía, casi justo cuando terminaba de hacerse el asado. Era la primera vez que veíamos a la familia completa, y nos alegró mucho comprobar que eran felices. A la tarde miramos fotos y nos pusimos al día con las historias de cada uno. Se dio la coincidencia de que Gerardo era corredor de un mayorista de productos para jardines, así que me dio algunas ideas para el fondo y charlamos un buen rato acerca de la pérgola. Avanzada la tarde, y cuando ya había entrado bien en confianza nos relató algunos hechos extraños que le habían sido referidos en recientes viajes a otras localidades. Nadie conocía muy bien lo ocurrido, pero el denominador común de esas historias era el escenario: jardines y fondos de viviendas que estaba siendo modificados, un terreno que se estaba cultivando, o una excavación. Invariablemente se hablaba de la desaparición inexplicable de objetos y, en algunos casos, de personas. Bromeamos y nos divertimos bastante con el tema, por lo absurdo, y entre risas especulamos con varias causas igualmente absurdas e imposibles. Al día siguiente, aprovechando el buen tiempo, hicimos un paseo por la ciudad y después por la orilla del río, donde comimos unos sanguches y tomamos unas gaseosas sentados sobre el murallón, disfrutando de la vista imponente de sus extensas aguas marrones.

Esa noche me desperté súbitamente con el recuerdo de noticias que había visto en el diario hacía unos meses y a las que había prestado escasa atención y casi olvidado. Se referían a asuntos parecidos a los que habíamos estado hablando con Gerardo. Me sorprendió esa conexión efectuada por el inconsciente, sobre todo porque conscientemente no le daba al asunto ninguna importancia. Sin embargo estaba agitado y noté que había transpirado. Al día siguiente ya me había olvidado totalmente del tema.

El siguiente fin de semana estuve muy ocupado preparando material para un viaje que tenía que efectuar a Córdoba, relacionado con la venta de material didáctico para cursos básicos de ciencia en la FAMAFA. Partí unos días después, el jueves a la mañana, desde Aeroparque, en un vuelo de la mañana, y volví en un vuelo vespertino del sábado. Durante todo el tiempo me venía a la cabeza la imagen de la pérgola abandonada. Cuando estaba llegando, sobrevolando las interminables luces de Buenos Aires, me hice el firme propósito de retomar el trabajo lo antes posible.

Había previsto que durante las dos semanas de vacaciones de invierno le daría a la obra su impulso final. De acuerdo al pronóstico, el tiempo se presentaría bueno, un excelente augurio para mis planes. Había hecho el

acopio de las herramientas y del material necesarios, y me sentía contento; ya me había olvidado de los contratiempos desagradables.

El viernes previo al receso me despedí más temprano de mis compañeros de oficina, con la promesa de invitarlos al asado que daría para inaugurar la pérgola, el cual concretaría en cuanto la primavera hiciera sentir sus primeras tibiezas. Así que me quedaron unas horas libres esa tarde, que dediqué a preparar los elementos para el día siguiente.

El sábado me despertó un resplandor en la ventana que da al patio, el sol alcanzaba a filtrarse un poco por debajo de la gruesa cortina de pana, me levanté de un salto. Noté que Micaela ya se había levantado, me llevé la radio al baño y me di una ducha tibia. Los sábados a la mañana escuchaba por Continental a un animador previsible pero bastante ingenioso y con un cierto barniz transgresor, que me resultaba bastante entretenido, más que nada por la facilidad con que se comunicaba con la gente. Ya desayunado me puse en marcha. La tarea del día era preparar la base para el pilar principal de la pérgola, un grueso tirante vertical que tendría que sostener dos listones horizontales en cruz, justo en la unión de los dos sectores de la ancha “L” que conformaba la estructura vista desde arriba. El pilar iría asentado en una base de concreto que se prolongaría casi un metro bajo tierra.

Marqué un cuadrado de medio metro por medio metro en la tierra y empecé a cavar con la pala. Al principio avancé a buen ritmo, pero casi enseguida tropecé con algo duro en el medio. Parecía un viejo resto de concreto, intenté quitarlo, pero estaba demasiado firme. Cavé alrededor pensando en sacarlo con una palanca, sin embargo a los treinta centímetros de profundidad encontré una resistencia tal que ya no pude seguir avanzando dentro del perímetro demarcado. El contratiempo me estaba empezando a molestar cuando se me ocurrió pensar que la situación podía constituir, al revés de lo que había creído, un golpe de suerte: tal vez ya tenía la base preparada! Para eso tenía que comprobar su firmeza. Así que fui a buscar –entre la multitud de cosas que se amontonan en el garage– un hierro para construcción de sección cuadrada de una media pulgada de ancho y de más de un metro de largo. Intenté varias veces y al final conseguí clavarlo al lado del objeto duro. Hice palanca con fuerza, me decepcioné al ver que se movía: no estaba tan firme después de todo! En fin, por otro lado eso parecía significar que el obstáculo era removible. Pero por más que seguía intentando con la palanca, todos mis esfuerzos resultaban vanos, a menos que la pequeña oscilación lateral de la cosa y un hierro torcido significaran algo bueno. Me fui otra vez al garage, esta vez a buscar la maza y el cortafierro grande. Volví decidido y me entusiasmé al comprobar que como respuesta a mis golpes, grandes costras de concreto salían despedidas de todas direcciones, provocando el terror de nuestra gata Matilde que, curiosa como siempre, tenía el hocico

metido donde yo trabajaba. Para entonces, Micaela había salido preocupada por el barullo que venía de afuera, seguida de cerca por mi suegra. La ruptura del concreto me permitió avanzar unos cuantos centímetros más, luego de los cuales el suelo continuaba muy duro aunque mantenía un aspecto terroso. Me iba a cruzar hasta la ferretería del barrio, a ver si podía encontrar una pala más fuerte, un pico o cualquier cosa que me permitiera continuar. Fidel, que sin duda había estado espiando desde el techo, me paró en la vereda. –¿Qué pasa Don? – me increpó amablemente pero con gran curiosidad. –¿Necesita ayuda con el pozo?–. Le iba a contestar mal, pero recapacité, tal vez me podía ayudar, o al menos aconsejar. –Venga– le dije, y lo invité a pasar. Le conté que estaba construyendo una pérgola y que tenía que poner la base principal donde estaba haciendo el pozo. Tanteó el lugar con la pala, vio que la cosa venía complicada, largó una risita nerviosa y me dijo que le encantaría ayudar, pero que la gota lo tenía bastante mal, así era la cosa. Salimos de vuelta, yo para la ferretería y él a conversar, como siempre, con sus contertulios de la calle.

El ferretero me prestó un trípode con un aparejo. Me explicó cómo usarlo. Tenía que encontrar algún lugar donde enganchar la cadena, luego, girando la manivela podría levantar hasta algunos cientos de kilos, las anchas planchuelas que se adosaban a la base de las patas evitarían que se hundan en el terreno. A pesar de ser un artefacto bastante poderoso resultó fácil de transportar. Cruzaba la calle cuando noté que Fidel estaba en el puestito de choripanes, alcancé a oír que comentaba lo del pozo con los que allí estaban, los borrachines habituales y la tripulación de un camión de recolección de residuos. Presentí sus miradas curiosas mientras terminaba de cruzar y abría el portón del garage.

–¿Qué es eso?– preguntó Micaela sorprendida al verme llegar cargando el aparejo. Le expliqué que era y para que lo quería, pero noté que no parecía tranquila con mis razones. Se quedó un momento callada mirándome con lo que ahora entiendo era una mezcla de ternura y preocupación. –¿No sería mejor que descanses un poco?– me dijo –podemos seguir con la pérgola en el verano, más tranquilos, ¿no?–. Supongo que ya me estaba obsesionando con la idea porque rechacé bruscamente la sugerencia y transporté el aparejo hasta el fondo, esquivando hábilmente a mi suegra que se había estacionado en el paso.

Examiné con cuidado el terreno expuesto, había llegado a crear un pozo irregular de unos cincuenta centímetros de profundidad media, que ya había excedido sus pretendidos límites laterales. Me pareció que había alguna clase de estructura oculta en el fondo, y después de remover parcialmente la tierra y limpiar un sector de la superficie con un pincel quedó bastante expuesto lo que parecía ser una raíz, o alguna clase de tubo de aspecto oscuro y muy sucio. Fuera lo que fuera no estaba aislado sino adosado a una

forma poco diferenciada, la que yo interpretaba como una suerte de estructura. De algún modo llegué a la conclusión de que lo mejor era enganchar ese “tubo” al aparejo y tirar, la cuestión era cómo. Estaba investigándolo con una lezna, buscando un hueco para pasar la cadena cuando Micaela me llamó a almorzar. La interrupción me dio tiempo para reflexionar sobre el tema. Me puse a estudiar alternativas mientras me lavaba las manos: ¿Podía buscar otra ubicación para esa base? ¿Podía efectuar algún cambio de diseño que eliminara su necesidad? Aunque al principio no existía un diseño definitivo, el trabajo mismo lo había ido definiendo. La única respuesta positiva a las preguntas que me formulaba pasaba por resignar la mitad de la pérgola. ¿Estaba dispuesto a admitir esa mutilación? Me dije que NO.

Comimos casi en silencio, mirando televisión. No me acuerdo qué estaban dando, seguía ensimismado en mis cavilaciones. De improviso, algo me sacó de ese estado. El locutor de un canal de cable dedicado a las noticias estaba comentando hechos que me recordaron los relatados hacía unas semanas por Gerardo. Un pueblo perdido por el centro de la provincia, Mariano Benítez, estaba revolucionado por acontecimientos extraños. Era evidente que el noticiero no trataba el tema con seriedad sino con sensacionalismo. La nota no era para nada buena por lo que resultaba difícil entender que había pasado realmente. En la pantalla se veía a un grupo de vecinos discutiendo a viva voz. La superposición de sus voces no permitía distinguir bien lo que decía cada uno. No obstante pude ver que estaban muy agitados y discutían acerca de la desaparición de un “trompito” mezclador de cemento. Había desaparecido de un jardín que estaba siendo mejorado. El terreno era bastante grande y estaban construyendo unos caminitos que serpenteaban entre almácigos de flores, rosales y árboles. En un costado estaban amontonados unos cuantos árboles, cerca de un conjunto de pozos donde iban a ser plantados. El dueño del jardín decía que el trompito había desaparecido como por arte de magia, aseguraba que lo que había pasado era inexplicable. De acuerdo a la versión que sustentaba, la máquina se había esfumado durante el tiempo que le había tomado agacharse para atarse el cordón de una de sus zapatillas. Juraba por su madre que todo esto era sólo la pura verdad. Pero su vecino, el dueño del aparato, lo acusaba de habérselo robado. Indignado, afirmaba que nadie se podía creer semejante cuento. Insultaba y amenazaba al primer vecino porque éste no sólo le había robado sino que encima, ahora lo estaba tomando por idiota. El locutor decía que otros hechos de ese tenor estaban ocurriendo en el pueblo. Me quedé pensando en todo eso mientras tomábamos un té. El nombre del pueblo me resultaba familiar. Pero entonces los movimientos de la gata en una de las ventanas –reclamando comida– llevaron otra vez mi vista en dirección al fondo. Me dispuse entonces a enfrentarme de nuevo con el pozo.

No advertí que había refrescado mucho ni que el día estaba más oscuro hasta que sentí unas gotas frías en la cabeza; como tantas otras veces, el pronóstico del tiempo había fallado. Llovía poco y no me importó, retomé la inspección del fondo del pozo, ayudándome con las manos, al fin encontré un hueco suficientemente grande. Coloqué el aparejo sobre el pozo, afirmando las tres patas con sus planchuelas fuera de él. Pasé la cadena por el orificio que había hallado y la agarré a un enganche fijo del aparato. Me aseguré de que las uniones estuvieran ajustadas, destrabé la manivela y empecé a girarla. Observé que podía hacerlo casi sin esfuerzo; la cadena subía muy lentamente por efecto de la desmultiplicación pero lo hacía perceptiblemente. Calculé que necesitaba dar unas diez vueltas para que subiera aproximadamente un centímetro. Sin embargo después de una treintena de vueltas el sistema se trabó. Me afirmé para poder hacer más fuerza, pero no fue posible seguir avanzando. Comprobé entonces que podía restablecer la situación original, pero que cada nuevo intento volvía a fracasar a las 33 ó 34 vueltas de manivela. Un frío húmedo me sacó de ese círculo vicioso de subidas y bajadas, la lluvia se había vuelto torrencial –ya no cabían dudas de que el maldito servicio meteorológico se equivocaba otra vez– . Largué todo y volví adentro...

Llovió mucho, tanto que se anegó parte del barrio. Desde la planta alta podíamos observar a los autos haciendo olas en la esquina, donde se había juntado mucha agua, cerca del quiosco de revistas y la boca de tormenta. En casa no hubo problemas, salvo por las goteras que aparecen cuando llueve intensamente, a las que ya estamos resignados. Por suerte no se cortó la luz, como es costumbre en estos casos. Micaela y mi suegra se fueron a dormir la siesta y Sebastián encendió el televisor. Me di un baño y me puse a revisar la lista de precios de una línea de productos italianos que la firma empezaría a vender al mes siguiente. Casi enseguida me llamó mi hijo: en la televisión mostraban cómo, en sólo una hora, se habían inundado sectores grandes de la ciudad. Los problemas causados por el agua eran peores de lo usual, especialmente por lo imprevisto del temporal.

Al día siguiente el buen tiempo había retornado, pero había demasiado barro para trabajar en el fondo. Desayunamos unos mates con facturas y Micaela salió a hacer unas compras. Decidí seguir adelantando tareas para la empresa. Iba a empezar cuando regresó Micaela muy agitada. Aparentemente se había producido una serie de robos bastante absurdos. A un vecino que estaba iniciando la construcción del quincho le faltaban baldes de albañil y ladrillos, los obreros de una empresa privada que estaba tendiendo cables subterráneos no podían encontrar las herramientas ni los rollos de cable que habían dejado en una de las cámaras, faltaban casi todas las revistas del puestito de diarios de la esquina y en la fuente de la plaza no

estaban los pececitos anaranjados. Esto era suficiente para tener alborotado al barrio pero no era todo, como me enteré enseguida al salir a la calle. El verdulero, un hincha fanático de Boca, me llamó para preguntarme como me había ido. –¿Le faltó alguna cosa?– me dijo. Esperó ansioso hasta que le respondí que no, que hasta donde sabía no me habían robado nada. Entonces comentó que, además de los robos, varios vecinos habían amanecido sin agua. Más tarde supe que cuando hicieron el reclamo, la empresa negó que hubiera problemas de suministro. Pero la insistencia de los vecinos tuvo su premio: a media mañana enviaron una cuadrilla de inspección. La cuadrilla descubrió que efectivamente no había presión a la entrada de las casas afectadas. Cavaron un poco para dejar expuestos los caños distribuidores, y se dieron la gran sorpresa. Encontraron que faltaban tramos, pero extrañamente no había indicios de pérdidas. Los obreros creyeron que estaban siendo objeto de una broma pesada por lo que se molestaron un poco –¿Si no se conectan cómo quieren tener agua?– exclamó uno. Pero los vecinos estaban igualmente molestos, o más; dado que no había señales de que se hubiera removido la tierra para robar los caños, comenzaron a sospechar de la empresa. En medio de toda la locura reinante, Fidel aseguraba que le habían robado a su gato Bonchi.

Los que la vamos de cuerdos, llegamos a la conclusión de que la insanía mental avanza cada día más. La conversación entre los empleados de la empresa de agua y los vecinos era en verdad un síntoma irrefutable de esa realidad; simplemente no era posible tomar seriamente lo que unos y otros afirmaban. Pero a pesar de la lógica de esta argumentación, por dentro me sentía intranquilo.

Fue después del almuerzo que vimos un flash informativo que pese a no decir nada resultó perturbador. El locutor sólo dijo que había rumores de que algo extraño estaba ocurriendo en el interior de la provincia, de acuerdo a filtraciones de información provenientes de la Gobernación. No obstante reconoció que todos los esfuerzos del noticiero por obtener datos fidedignos de parte de las autoridades habían sido un fracaso rotundo por lo que, en concreto, no se sabía nada.

Sintonizamos un canal de noticias y más tarde escuchamos la radio un buen rato, pero no hubo novedades. Algunas emisoras se refirieron brevemente al trascendido calificándolo de rumor sin fundamento. El barrio también estaba más tranquilo, retomaba la imagen tradicional de los domingos. A eso de las cuatro se empezaron a escuchar los gritos, petardos y bocinazos característicos de una tarde de fútbol, especialmente de esa tarde en que se juega el clásico de la ciudad. Salí a juntar los papeles que siempre se amontonan en el jardín del frente y me lo encontré a Fidel, amargado porque su equipo perdía ante el eterno rival. Antes de entrar en su casa exclamó

–¡Encima que me robaron el gato perdemos! ¡Qué mala suerte! ¿A usted le parece?–.

La tarde estaba tan linda que armé una reposera en el fondo y me instalé a leer una novela española cuya lectura se iba prolongando demasiado. Al cabo de quince minutos me quedé dormido. Tuve un sueño intranquilo; estaba en un callejón estrecho por donde avanzaba con dificultad, enfrentado a una muchedumbre y una cantidad de animales y objetos que pasaban en sentido opuesto, como succionados por una bomba. Entre los múltiples sonidos y ruidos que hacían al pasar identifiqué el maullido de Bonchi. Me desperté con la sensación de seguir escuchando ese maullido y con la impresión de que salía del pozo, pero miré en esa dirección y no vi nada. Me puse en pie para inspeccionar y noté que el agua se había resumido completamente y que el color del fondo se había aclarado levemente; seguramente la lluvia lo habría lavado. Todavía algo dormido hice un esfuerzo por fijar la mirada y percibí una presencia vaga pero familiar, como unos ojos de pupilas verticales, pero era más un presentimiento que una observación y cuando miré por segunda vez, todo estaba como antes. En ese instante se escuchó un grito, el grito de un gol que salía de la radio de Fidel. Su equipo había logrado empatar y él, para dar rienda suelta a su tremenda pasión desconsiderada, subía el volumen para que todo el barrio se enterara.

Más tarde visitamos a una amiga, una rutina agradable de muchos domingos. Llevamos una longaniza especial, de la zona de Brandsen, para amenizar la charla. Nos sorprendimos de encontrar a Raquel viendo televisión. En un canal de aire un funcionario de segundo rango del Ministerio del Interior acusaba a un canal de cable (debo reconocer que bastante sensacionalista) de difundir inescrupulosamente información falsa. Raquel estaba interesada. Sintonizó la emisora acusada que aseguraba que algo raro, muy raro, posiblemente algún tipo de catástrofe, estaba afectando a un pueblo de la provincia; a esta información se agregaba una acusación a las autoridades: ocultaban la información que poseían. Continuábamos pendientes de los acontecimientos cuando llegaron otros amigos. Ellos habían escuchado en la radio del coche que el pueblo se llamaba Mariano Benítez. De repente recordé porque ese nombre me resultaba tan familiar: poco tiempo atrás una compañera de trabajo, Elena, me había contado que estaba por visitar ese pueblo, del cual su marido era oriundo, para visitar familiares. Por un momento consideré la posibilidad de llamarla por teléfono para preguntarle si sabía que era lo que estaba pasando, pero enseguida descarté la idea. Posiblemente no pasaba nada, posiblemente tampoco estuviera enterada de lo que decía la TV y posiblemente sólo lograra preocuparla de manera innecesaria. Además Raquel había apagado la televisión y la conversación

había girado a un tema que me atrajo más, una hermosa película de Marcello Mastroiani, la póstuma, que por casualidad todos habíamos visto la noche anterior.

Durante el regreso le conté a Micaela lo que había recordado de Mariano Benítez. Nos preguntamos si Elena y su esposo no estarían justamente allí. Al llegar a casa encendimos el televisor. Varios equipos periodísticos habían intentado llegar a Mariano Benítez pero habían sido interceptados por la gendarmería a unos cinco kilómetros del pueblo. Ninguno de los gendarmes respondía a las preguntas de los periodistas, pero se difundía todo tipo de rumores: un levantamiento guerrillero, el aterrizaje de un OVNI, la aparición de una epidemia terrible, etc. Más tarde un reportero dijo que había logrado burlar el cerco de los gendarmes. Con un epígrafe llamativo en la parte inferior de la pantalla, en letras amarillas, que rezaba “Especie no Confirmada”, comenzó a dar un informe: un vecino le habría contado que donde estaba el pueblo había ahora sólo un gran hueco... pero la transmisión se cortó y ya no se restableció.

Esa noche me desperté a las tres de la mañana. Quise volver a dormirme, pero en lugar de conciliar el sueño me desvelé. Me pregunté porque me habría despertado. Hice un esfuerzo de concentración retrospectiva, como suele hacerse para recordar un sueño, repasando los hechos en sucesión inversa. El ejercicio tuvo sus frutos: me había despertado la sensación de que me había quedado dormido, que era tarde. Lo que había causado esa sensación era la percepción de la claridad del día, pero sin embargo era de noche! Iba a encender mi luz individual para continuar la lectura de la novela cuando el patio se iluminó como si fuera de día.

La luz se atenuó, me levanté sin hacer ruido, Micaela dormía. Entré al comedor, la televisión estaba nuevamente encendida pero mi hijo, bastante trasnochador, no estaba sentado frente a la pantalla como siempre sino parado frente a la puerta del patio. La luz intensa ya había desaparecido pero a través del vidrio traslúcido de la puerta se percibía un resplandor verdoso, como un haz tenue que venía desde abajo. Salimos y nos inclinamos sobre el pozo, nuestras caras tomaron el mismo tinte verdoso de la luz. La superficie del fondo había bajado setenta centímetros más y cambiado completamente, parecía una lente deformada, aunque cristalina. Miramos, no se percibía el menor ruido pero se veían unas formas que se movían. Presté atención y me pareció reconocer a Elena, a Bonchi, los pececitos de colores, unas máquinas agrícolas, una pequeña mezcladora de cemento, una plaza de pueblo, rollos de cable. Nos miramos un momento, sin decir palabra

agarramos las dos palas que estaban al lado del pozo y echamos una delgada capa de tierra sobre el fondo, suficiente para absorber el resplandor.

No volví a acostarme. A las seis y media llamé a una empresa constructora. Media hora más tarde llegó una carga de un metro cúbico de concreto fresco.

Ya hace tiempo que terminé la pérgola, la disfrutamos mucho sobre todo en épocas de verano, como ésta. Plantamos glicinas y jazmines que la embellecen y perfuman. La santa rita y la parra ahora están a sus anchas y se ha desarrollado muchísimo. Para inaugurarla hice un gran asado al que vinieron mis compañeros de trabajo más amigos, pero faltó Elena. Igual no importa, en la base del pilar principal de la pérgola quedó embutido un cañito finito por el que de tanto en tanto me pongo a mirar...

02/10/00